

DOMINGO I DE ADVIENTO (C)
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, prior de Montserrat
2 de diciembre de 2018
Jer 33, 14-16; Sal 24, 4-5.8-9.10.14 (R.: 1b); 1 Tes 3, 12; 4, 2; Lc 21, 25-28. 34-36

Los evangelios de los últimos domingos, y el de hoy, anuncian dos verdades de la fe cristiana que son también una buena noticia. Me refiero al fin del mundo y al juicio final. Son realidades que su-
esperan nuestra capacidad de comprensión pero que sin embargo forman parte de la revelación. De ellas habla la Biblia y habló Nuestro Señor Jesucristo.

La expresión "el fin del mundo" hace hincapié en el final de la realidad presente, del mundo y de la historia tal como los conocemos. Es como decirlo en negativo, mirando hacia atrás, hacia lo que se acaba definitivamente porque es caduco y es imperfecto. La Sagrada Escritura y Jesús mismo hablan con términos apocalípticos, con un estilo que nos impresiona y nos puede parecer extraño. Oíamos en el evangelio de hoy que el Señor Jesús decía, refiriéndose a esto: *Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo... pues las potencias del cielo serán sacudidas.* Será el momento de la manifestación gloriosa de Cristo: Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria. Esta segunda venida de Cristo comportará la resurrección de los muertos, el juicio final y la plenitud del Reino de Dios, es decir una "renovación misteriosa, que transformará la humanidad y el mundo", y que la Sagrada Escritura llama "el cielo nuevo y la tierra nueva" (2 Pe 3, 13 ((CEC 1043). Por lo tanto, para subrayar que forma parte de la buena noticia cristiana, también podemos hablar del fin del mundo con un tono más positivo, como de la esperanza del cielo nuevo y de la tierra nueva. En este "universo nuevo" (Ap 21, 5), que también podemos llamar la Jerusalén celestial, Dios tendrá su morada entre los hombres. "Él enjugará toda lágrima de sus ojos y la muerte ya no existirá, ni tampoco lamentos, ni gritos, ni penas no existirán más, porque las cosas de antes han pasado" (Ap 21, 4) (CEC 1044).

Junto con esta verdad está la del juicio final. Un juicio puede formar parte de la buena noticia sólo si el juez es Dios y el abogado defensor es Jesucristo. Sólo Dios es el juez final y definitivo de la humanidad y de la historia, mientras que los juicios que hacemos los hombres -lo sabemos bien- son siempre ambiguos y penúltimos. Los cristianos, con todo, anunciamos a nuestros contemporáneos que delante Cristo, que es la Verdad, será puesta al descubierto, definitivamente, la verdad sobre la relación de cada persona con Dios. El juicio final revelará, hasta las últimas consecuencias, lo que cada uno habrá hecho de bien o habrá dejado de hacer durante su vida terrenal (CEC 1039). Dios Padre, por su Hijo Jesucristo, pronunciará entonces la palabra definitiva sobre la historia. Entonces conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas hacia su último fin. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (CEC 1.041).

Como decía al principio, la esperanza del cielo nuevo y la tierra nueva, con el fin del mundo y el juicio final, son realidades que nos superan y que estimulan la imaginación humana hasta dar lugar a producciones artísticas de gran valor que, pero que no siempre reflejan fielmente el contenido. Más bien, subrayan los aspectos más aterradores.

La manera como lo expresa la oración de la Iglesia, en cambio, es gozosa y esperanzadora. Esta mañana, por ejemplo, en Laudes, cantábamos una antifona que describía la segunda venida del Señor Jesús con tonos poéticos y luminosos: *Los montes y las colinas aclamarán en presencia del Señor y los árboles del bosque aplaudirán, porque viene el Señor y reinará eternamente. Aleluya* (ant. 2 Laudes Domingo I de Adviento).

En cualquier caso, hay dos cosas fundamentales sobre el fin del mundo, o si se quiere sobre la esperanza del cielo nuevo y la tierra nueva, y sobre el juicio final, que conviene tener bien claras. La primera es que ambas son obra de Dios. Él es quien hace nuevas todas las cosas, quien da

sentido a los acontecimientos y quién vendrá a juzgar a vivos y muertos (como diremos a continuación en la profesión de fe). Todo esto le corresponde a Él, y no a ninguna criatura suya. Y, como consecuencia de ello, la segunda cosa es que sólo Dios-Padre conoce el día y la hora. Nosotros, como dice el Concilio Vaticano II (GS 39, 1), "ignoramos el tiempo de la consumación de la tierra y de la humanidad, no sabemos tampoco de qué manera el universo será transformado" (CEC 1048). Creo que conviene insistir en estos puntos porque una de las formas más graves de idolatría es cuando el hombre quiere ocupar el lugar de Dios. Y aquí podría ocurrir que, demasiado preocupados por la manera de representar o de imaginarnos estas realidades de fe, nos olvidáramos que existe la posibilidad de que los seres humanos, ya sea individualmente o bien como colectividad, podemos precipitar o provocar el fin del mundo, o nos podemos constituir en jueces últimos y definitivos de nuestro prójimo. Y eso sería un error mucho más grave que el de equivocarse al imaginar cómo serán las realidades últimas.

Que el Adviento nos ayude a velar con esperanza y con espíritu de conversión, para que sepamos dejar en manos de Dios la consumación del mundo y de la historia, la renovación misteriosa del mundo y de la humanidad, la creación de un cielo nuevo y de una tierra nueva. Amén.